

tor. Se nos criminalizó sin saber qué estaba pasando», denuncia Cinta Pascual, presidenta de Ceaps (Círculo Empresarial de Atención a Personas). Hay un dolor sordo en el sector. Durante la primera ola «estábamos en primera línea, no recibíamos un solo aplauso y sí las críticas de todo el mundo». Las declaraciones de la ministra de Defensa fueron definitivas. «Nos dolió bastante». Aquella situación no se derivó de la negligencia de las residencias, sino de la «hecatombe» de las funerarias, que no daban abasto, en palabras de Fernández Cid. «¿Qué director de residencia va a querer almacenar cadáveres en sus centros», se pregunta, «ni a la mente más perversa se le ocurre».

Las patronales hacen también auto-crítica. «Desatendimos a las familias. Nos vimos totalmente desbordados por una cantidad enorme de bajas, con las plantillas muy diezmadas, y se priorizó la atención al mayor pero descuidando la información al familiar», admite el presidente de la FED. En estos momentos negocian con el Ministerio de Derechos Sociales una suerte de normativa básica común a todas las CC.AA. que acabe con una de las deficiencias sistémicas: la disfuncionalidad entre territorios. Y mientras tanto, Cinta Pascual avisa: «El miedo a la sexta ola en las residencias es real; siempre lo habrá después de lo vivido».

Una trabajadora acompaña a una anciana en una residencia de mayores de Torrejón de la Calzada (Madrid) // GUILLERMO NAVARRO



El Congreso no pide responsabilidad a los gestores de la crisis

E. M.

La Comisión de Investigación formada en el Congreso de los Diputados para responder ante el drama vivido, sobre todo, en la primera ola del coronavirus en España, durante los meses de marzo, abril y mayo de 2020, no contará con los testimonios de Fernando Simón, Salvador Illa ni Carolina Darias, director del Centro de Coordinación de Emergencias Sanitarias y los dos ministros de Sanidad durante la 'era Covid', respectivamente. Así lo pactaron PSOE y Unidas Podemos, y con estas ausencias arrancó el órgano en la Cámara Baja esta semana (el pasado lunes), bajo la presidencia del socialista Guillermo Meijón. En estas circunstancias, PP, Cs y Vox no dudaron en apearse de esta comisión como gesto de rechazo ante la falta de imparcialidad que dirigirá los trabajos de esa investigación, al decir de los partidos ausentes.

La comisión tampoco investigará a los cargos públicos y políticos que se pusieron de forma irregular la vacuna contra el Covid.



Lorena Villarreal lleva trabajando con mayores siete años // FRANCIS SILVA

«Sería imposible seguir trabajando si no sacara de mi cabeza que puede volver a ocurrir»

► En el centro de Lorena se encerraron casi tres meses con los ancianos para atajar el virus

ÉRIKA MONTAÑÉS
MADRID

En las primeras bocanadas del coronavirus no hubo descanso en las residencias de ancianos. Quizás no ha habido mucho respiro hasta el momento, pero en aquel marzo y abril de 2020, los trabajadores se jugaron, literalmente, la vida. Algunos se la dejaron. Y no es exagerado, porque gente como Lorena Villarreal se encerraron como retén de guardia durante dos meses y medio con los mayores que cuidaban y vieron cómo algunos perecían sin aliento. No sabían a qué se enfrentaban, el enemigo era, como para todos, desconocido, pero no abandonaron a nadie a su suerte. Por eso las críticas dolieron tanto. «Fue muy injusto, también por parte de los medios de comunicación que no entraban aquí. A los políticos me hubiera gustado verlos dentro, para que hablaran con conocimiento de causa». Pero estaban en sus casas, protegidos en la brega.

Lorena lleva siete años trabajando con ancianos, los últimos dos y medio en una residencia privada del barrio de Villaverde de Madrid que las pasó, literalmente, canutas. En el centro vieron acumularse cadáveres sobre las camas porque los servicios funerarios estaban saturados y no llegaban a trasladarlos. Ninguno quiere recordarlo. Ahora está libre de Covid,

salvo algún pequeño susto. Esta auxiliar madrileña es gobernanta en el centro. «No entendíamos qué pasaba, ni cómo actuar, teníamos la incertidumbre de quién podría ser el siguiente que se pusiera malito, y temíamos contagiar luego en nuestras casas». En su caso, detalla, un grupo de trabajadores del centro decidieron quedarse día y noche. «Pasamos días muy duros, viviendo situaciones que nunca pensaba que tendría que vivir, jornadas en las que todo transcurría normal y otras en que todo era horrible». Esos momentos trágicos, rememora, hacían mella. «La desesperación de nuestros residentes y el cansancio físico y sobre todo psicológico que vivíamos pasaban factura. Lo peor era imaginar cómo iba a ser el día siguiente», recuerda ahora a ABC.

¿Cuál es la lección que se llevó para siempre? «Que hay situaciones que por muy profesionales que seamos y muy avanzados que estemos se escapan de nuestras manos, pero que juntos podemos aliviar tanto dolor y hacerlo todo un poco más fácil», asegura. Con esta actitud optimista comenta, no obstante, que «cada rebrote posterior supone un golpe duro, sobre todo cuando sucede por la inconsciencia de la gente. La verdad es que es una lucha agotadora». «El hecho de haber salido de todo esto, del encierro y fallecimiento de nuestros mayores, del aislamiento de compañeros y volver a revivir aquello en cada rebrote es otro mazazo del que tenemos que sacar fuerza que muchas veces ya no tienes o te cuesta sacar», reconoce. «Si no sacara de la cabeza que esto puede volver a pasar, sería imposible seguir».